

EL SÍNDROME DEL PESCADOR

Su vida estaba arruinada. Nunca volvió a ser el mismo tras su derrota ante aquella máquina. Recuerdo oírle murmurar series de movimientos por la noche, agitado e intranquilo. A veces los movimientos ni siquiera eran legales y, en ocasiones, los murmullos se volvían gritos de palabras sueltas. “¡Humillación! ¡Derrota! ¡Deshonor! ¡Vergüenza!”, pronunciaba de forma exasperante entre bramidos. A pesar de las incontables visitas al psiquiatra, jamás hubo mejora alguna.

Se sentía cansado, paranoico incluso. Se le notaba en la mirada. Me decía que veía tableros de ajedrez por doquier. En las aceras de la calle, en los calcetines de un skater, en los suéteres de una pareja... Una vez tiró iracundo el mueble de la cubertería de plata al suelo porque veía tableros en los reflejos. El ajedrez era lo último en lo que quería pensar y sin embargo lo único en lo que podía pensar.

Yo sabía que él era muy orgulloso y que perder le había dejado trastornado y dolido, pero en ningún momento se me pasó por la cabeza que... (snif) pudiera tomarse la vida (snif). Perdón, lo siento, es que recordar... sí, gracias.

Esa dichosa máquina me lo arrebató, a mí y a todos sus amigos. ¡Y todo por una miserable partida de ajedrez!

Lucas Guimerá García, 10A